

CARTAPACIO



CON LA PUNTA DE LOS OJOS

Álvaro Custodio



CARTAPACIO

Personajes:

ADECUADOR
ARMIDA LA INSACIABLE tres en una
LA IMAGEN
LA GRAN COCOTTE
LA NIÑA DE PRIMERA COMUNIÓN
LA BAILARINA
LA PSICÓLOGA
SEBASTIÁN MURILLO, vendedor
LAMPÉREZ, taumaturgo
EL OBRERO
EL LIBERTINO
EL FANÁTICO
EL CABALLERO DE EDAD
EL TENIENTE
EL ATLETA
EL GERENTE
EL VIGILANTE

Personajes mudos:

EL SIEMPRE SENTADO
EL SIN CABEZA
EL OBRERO 2.^º
EL PRESIDENTE DE LA COMPAÑÍA

La acción en un país de origen latino.

Época actual.

ACTO PRIMERO

CUADRO 1

(Cámara negra. Al fondo tres escalones practicables que abarcan todo lo ancho del escenario. Del techo caen, como lianas gigantes, telas de araña que cubren todo el fondo dándole, por contraste, un tono gris sucio, pero transparente. A la derecha, en primer término, un viejo mostrador de madera, también medio cubierto de telarañas. Varios maniqués viejos y descoloridos, amontonados como fusiles en un vivaque, algunos tirados por el suelo, a la izquierda. Cerca de ellos, vestido con una elegancia un tanto anticuada —cuello de, pajarita, chaqué chaleco amarillo, pantalón a rayas y botines—, El SIEMPRE SENTADO, cuyo pelo, muy lustroso, lo lleva peinado con raya en medio. Sonríe de modo constante. Cargado con una caja de madera que recuerda la forma del fétetro, se abre paso, con gran dificultad, por entre las telas de araña, SEBASTIÁN Murillo, de unos 30 ó 40 años de edad. Trae un deslucido sombrero de fieltro y una vieja gabardina. Al fin logra bajar los tres escalones, deja la caja en el suelo y con evidente mal humor intenta limpiarse las telas de araña que se le quedaron adheridas en el sombrero y la gabardina. De improvviso descubre al SIEMPRE SENTADO y se acerca a él con aire solícito.)

SEBASTIÁN.— Buenos días. *(El SIEMPRE SENTADO le hace una leve inclinación de cabeza, sin dejar nunca de sonreír, y emite un pequeño sonido gutural como si fuese la rúbrica desvanecida de su sonrisa).* Mi nombre es Sebastián Murillo. *(Nuevo sonido gutural del otro).* Traigo en esa caja algo verdaderamente sensacional que va a revolucionar la industria de los maniqués. Perdone el atrevimiento, ¿es usted el gerente de esta fábrica? *(El otro niega sin dejar nunca de sonreír.)* Y... ¿podría yo hablar al gerente? ¿O estará muy ocupado? *(El otro vuelve a negar.)* ¿Quiere usted de-

¿cir que no está muy ocupado? (*El otro asiente.*) Muchas gracias, es usted muy amable. Con su permiso. (*Carga de nuevo la caja y como le cuesta trabajo levantarse dedica una sonrisa cortés al SIEMPRE SENTADO que le observa sin dejar de sonreír.*) Sí, pesa bastante. Y estoy algo cansado. Todo el día cargando con ella... No importa: así tiene que ser. (*Ya ha llegado junto al mostrador dejando la caja en el suelo con un suspiro de alivio, saca el pañuelo y se limpia el sudor de las manos con gesto de asco.*) Estas manos destilando siempre zumo de limón... (*Busca a su alrededor algo que no encuentra.*) ¿No hay sillas, verdad? (*El SIEMPRE SENTADO niega.*) No importa, no importa. ¿Y... algún timbre u otra manera de llamar para que me atiendan? (*El otro niega de nuevo.*) ¿No? Muchas gracias. Entonces... esperaré. (*El otro asiente con su sonrisa burlona.*) Ya estoy acostumbrado a esperar, es lo que he hecho casi toda mi vida: esperar. (*El otro asiente.*) ¿Usted también? (*El SIEMPRE SENTADO asiente de nuevo.*) *El otro asiente.* SEBASTIÁN mira a su alrededor sin demasiado interés y saca una cajetilla de cigarrillos. *Se acuerda del otro y corre a su lado siempre solícito.*) ¿Un cigarrillo? (*El SIEMPRE SENTADO deja escapar un sonido gutural y coge lo que le ofrece SEBASTIÁN agradeciéndoselo con un gesto.*) De nada. Lo que no tengo es cerillas. ¿Y usted? (*El otro niega.*) ¿Tampoco? Olvidé comprarlas. Creí que tenía más. Lo siento mucho. (*Cruza en ese momento de derecha a izquierda la NIÑA de primera comunión con su cirio.*) Muy mona. ¿Va a hacer hoy la comunión? (*El otro asiente.*) Un gran día para ella, un gran día... (*Se queda mirando por donde la NIÑA hizo mutis y luego su cigarrillo sin prender.*) ¡Lástima que el cirio estuviera apagado! No importa, no importa... Esperaremos. (*Se sienta sobre su caja y silba una canción. Bosteza. Mira de reojo al otro y corresponde a su eterna sonrisa con otra suya muy fingida. Mira su reloj de pulsera. Se lo pone al oído.*) Se ha parado. ¿Tiene usted hora? (*El otro niega.*) Debe de ser tarde, ¿verdad? (*El otro asiente.*) Siempre es tarde... (*Bosteza de nuevo, del lateral izquierdo sale un hombre con mono gris cargando sobre el hombro un maniquí de mujer. SEBASTIÁN se levanta apresuradamente y se acerca a él.*) Oiga... Perdóname. (*El obrero se detiene a escucharlo.*) ¿No me haría usted el favor de decir al gerente de la fábrica que si tiene la amabilidad de recibirme? Mi nombre es Sebastián Murillo, soy agente de la casa Lavrette Frères y traigo la muestra de un producto verdaderamente sensacional que va a revolucionar la industria.

OBrero.— El Señor Lampérez está ahora muy ocupado. No creo que le reciba.

SEBASTIÁN.— El caballero me dijo que no lo estaba...

OBRERO.— ¿Qué caballero? SEBASTIÁN.— Aquel. *(El obrero se vuelve para mirarlo y el SIEMPRE SENTADO le hace un gran cumplido.)*

OBRERO.— El «caballero» tenía razón... Pero en este momento el Señor Lampérez va a... ¿cómo le diría yo?

SEBASTIÁN.— Perdóneme, ¿no tendría usted una cerilla?

OBRERO.— Sí, señor. *(Deja el maniquí sobre su base de espaldas al público. El maniquí representa a una mujer completamente desnuda. SEBASTIÁN, mientras el obrero busca la caja de cerillas, observa con gran curiosidad el muñeco. El obrero enciende una cerilla.)* Aquí tiene.

SEBASTIÁN.— *(Prendiendo su cigarrillo.)* Gracias. Bonito maniquí... Precioso... Espléndida mujer.

OBRERO.— *(Prendiendo también el cigarrillo que le ha ofrecido SEBASTIÁN)* Gracias. Precisamente por eso no va a poder recibirlo el señor Lampérez.

SEBASTIÁN.— Por la... digo, ¿por el maniquí?

OBRERO.— Sí, señor, tengo que llevarlo a su laboratorio. *(Carga otra vez al hombro el maniquí.)* Va a darle vida, ¿comprende? Y eso requiere algún tiempo...

(El obrero hace mutis. SEBASTIÁN permanece pensativo y repite con el gesto las últimas palabras del obrero. El SIEMPRE SENTADO sisea a SEBASTIÁN y cuando éste se vuelve a mirarlo le hace gesto de que le dé lumbre a su cigarrillo.)

SEBASTIÁN.— Perdóneme, me había olvidado de usted. *(Le da su cigarrillo, que el otro utiliza para encender el suyo devolviéndoselo después con un gesto de agradecimiento.)* De nada. ¿Usted oyó lo que dijo ese obrero? *(El otro asiente.)* ¿Todo? *(Vuelve a asentir.)* ¿Dar vida a un maniquí? ¿Puede ser eso posible? *(El otro asiente siempre sonriendo. Entra la INSACIABLE, que es idéntica al maniquí que llevaba el obrero al hombro. Se dirige derecha a SEBASTIÁN.)*

LA INSACIABLE.— Si no me equivoco, yo te gusto mucho. *(SEBASTIÁN, que no sale de su asombro, asiente con timidez.)* Tú también me gustas a mí. *(Le abraza.)* ¿Me das un beso de tornillo? Soy experta. Vas a ver...

(Entra como tifón el obrero. La INSACIABLE adopta inmediatamente le actitud estática de maniquí.)

OBRERO.— Ven aquí, mala pécora. Todavía no estás lista. Te faltan algunos retoques. *(La coge en brazos como antes iniciando el mutis.)*

SEBASTIÁN.— ¡Oiga! *(El obrero se vuelve hacia SEBASTIÁN)* Esa... esa... es el... es la...

OBRERO.— Sí, señor, la Insaciable. Tenemos que afinarle el mecanismo, pero el señor Lampérez no acaba de encontrarle el punto clave. *(Mutis de los dos.)*

SEBASTIÁN.— No lo entiendo. *(Se dirige al SIEMPRE SENTADO)* ¿Cómo es posible que...? *(El SIEMPRE SENTADO asiente sonriendo como siempre. Cruza en ese momento a la inversa la NIÑA de primera comunión.)* ¿Y esa niña qué hace aquí con ese cirio apagado en la mano y vestida de primera comunión? Al fin y al cabo, ¿a mí qué pueden importarme la Insaciable ni la Niña de primera comunión?

VOZ DOCTORAL Y PEDANTE: Artículo 59 del Código del Perfecto Vendedor: el agente vendedor jamás debe mostrar indiferencia por cuanto se refiera al posible cliente. Recuérdese que el ambiente hace al hombre. El más insignificante o insólito detalle debe ser tenido en cuenta.

SEBASTIÁN.— *(Limpiándose el sudor de la frente y las manos le dice al SIEMPRE SENTADO.)* Así que... esa monada de niña, a ver si lo adivino... es hija del señor Lampérez, gerente de la fábrica. *(El otro asiente con su eterna sonrisa.)* ¡Cuánto me alegro! ¡Qué día tan feliz para ella! Me encantaría asistir a la ceremonia. A mí no hay nada que me guste tanto como una primera comunión. ¿Y a usted? *(El otro asiente.)* Me chiflan las primeras comuniones. Me arrebatan...

(Vuelve a salir la NIÑA de primera comunión que se dirige a SEBASTIÁN.)

NIÑA.— Está usted invitado. Será usted el único que asista. Nadie quiere venir a mi primera comunión.

SEBASTIÁN.— ¿Por qué?

NIÑA.— No lo sé. Yo soy muy inocente. Quizá porque ninguno cree en Dios. Todos son ateos.

SEBASTIÁN.— ¿Todos? ¡No es posible!

NIÑA.— Tiene usted razón. El Fanático cree en Dios y en todos los santos. ¿Y usted?

SEBASTIÁN.— Yo no soy fanático, pero también creo en Dios y en todos los santos.

NIÑA.— Entonces ¿vendrá usted a mi primera comunión?

SEBASTIÁN.— Con mucho gusto, pero todo depende... *(La NIÑA le deja con la palabra en la boca al hacer mutis corriendo porque de entre las telas de araña del fondo ha surgido un individuo de cara chupada, tez amarillenta, barba y traje negro. Se acerca muy nervioso a SEBASTIÁN.)*

LIBERTINO.— ¿Ya está mi maniquí?

SEBASTIÁN.— No sé, señor, yo no trabajo en esta fábrica.

LIBERTINO.— *(Casi reventando de nervios.)* ¡No sé, no sé, no sé! ¡Siempre el no sé por delante! ¡Sí está! ¿Lo oye? ¡Sí está! Lo necesito ahora mismo. Démelo, por favor... Démelo de una vez. Ya no puedo aguantarme. Llevo dos semanas esperándolo... y no llega... no acaba de llegar. ¡Démelo!

SEBASTIÁN.— Pero caballero, ya le he dicho que yo no trabajo en esta fábrica.

(El LIBERTINO distingue la caja que trajo SEBASTIÁN y se precipita sobre ella, abrazándola y besándola apasionadamente.)

LIBERTINO.— ¡Vida mía! ¡Amor mío! ¡Novia mía!

SEBASTIÁN.— Caballero, creo que usted se equivocó: esa caja...

LIBERTINO.— *(Abrazando la caja.)* ¡Adorada! ¡Entrañas mías!

SEBASTIÁN.— ¡Me la va usted a romper! ¡Apártese de ahí! *(Pretende separarlo pero el LIBERTINO le empuja y carga con la caja hacia el fondo.)* ¡Mi caja! ¡Suéltela! ¡Es mía! *(Forceja con él para quitársela.)* Esta caja es mía... ¡Suéltela! Va usted a destrozarla. *(Mientras forcejean aparece por un lateral una joven con un guardapolvo gris, recosido y remendado.)*

ARMIDA.— ¿Qué pasa? *(Al ver al LIBERTINO)* ¿Usted otra vez? *(El LIBERTINO desaparece por el fondo entre las telas de araña dejando la caja en manos de SEBASTIÁN)*

SEBASTIÁN.— ¿Es un loco, verdad? Quería llevarse mi caja... Por poco me la rompe: el señor *(Señala al SIEMPRE SENTADO)* ha sido testigo de todo. Estaba yo hablando con la niña de primera comunión cuando entró el tipo y...

ARMIDA.— Ya sé: se arrojó sobre la caja y empezó a besarla.

SEBASTIÁN.— Exactamente. Y le decía...

ARMIDA.— Novia mía... adorada... amor mío...

SEBASTIÁN.— ¿Usted también lo vio?

ARMIDA.— Lo he visto otras veces. Viene casi todos los días a hacerle el amor a nuestros maniqués de mujer.

- SEBASTIÁN.— ¡Ah! (*Mira fijamente a ARMIDA y empieza a retroceder asombrado.*) Pero... usted... usted...
- ARMIDA.— ¿Yo qué?
- SEBASTIÁN.— Usted es... el maniquí que traía ese obrero sobre el hombro. (*El SIEMPRE SENTADO lanza, sonriendo, uno de sus sonidos guturales.*) ¿No es cierto? ¡Usted también la vio! ¿No es cierto? (*El otro asiente.*) ¡Claro que sí! ¡Es ella! (*El otro asiente.*)
- ARMIDA.— Más le vale decirme quien es usted y qué es lo que quiere o haré que lo echen a la calle de mala manera.
- LA VOZ PEDANTE: Artículo 9.º del Código del Perfecto Vendedor: no hay que asombrarse de nada que esté relacionado con el posible cliente para no pecar de simple. El agente vendedor debe siempre darla la impresión de que está al cabo de la calle...
- SEBASTIÁN.— Perdone mi distracción, señorita. La escena que hizo ese individuo que acaba de irse, el que pretendía llevarse mi caja, me sacó un poco de quicio, pero ya pasó. Mi nombre es Sebastián Murillo, para servirla, soy agente vendedor de la casa Lavrette Frères y traigo en esta caja algo sensacional...
- ARMIDA.— Que va a revolucionar la industria de los maniqués.
- SEBASTIÁN.— ¿Cómo lo sabe?
- ARMIDA.— Alguien lo dijo antes que usted.
- SEBASTIÁN.— ¡No es posible! ¿Ha estado aquí algún otro agente de mi propia casa?
- ARMIDA.— No podría asegurárselo, pero es muy posible...
- SEBASTIÁN.— Señorita, mi producto es incomparable. Las cualidades de la marca Lavrette Frères no pueden encontrarse en... en... (*Estornuda.*) Perdón. Las cualidades de la marca Lavrette Frères... (*Nuevo estornudo.*) Aquí hay corriente y yo tengo propensión a los catarros.
- ARMIDA.— Muy interesante.
- SEBASTIÁN.— (*Después de sonarse.*) Perdón. Las cualidades de la marca Lavrette Frères no pueden encontrarse en...
- ARMIDA.— En ningún otro producto rival porque su materia prima proviene de las plantaciones de caucho que nuestra compañía posee en la Polinesia, Nueva Caledonia, La Martinica y la Guadalupe. ¡Ya me sé de memoria toda la retahíla! También me sé la de otras fábricas que nos han visitado: Maniqués Unidos de la Provincia de Alicante; Il Consorcio Napolitano de Maniquini e Fantochi; Die Deutsche Sahuenfensterpuppen Gessellschaft; The Royal Manufacturing Man-

nikins Company; O Fábrica Imperial Portuguesa de Maniqués...
¿Quiere usted más nombres? Pierde usted el tiempo, señor... señor...
SEBASTIÁN.— Murillo... Sebastián Murillo, para servirle.
ARMIDA.— Nosotros no necesitamos su producto ni ningún otro porque
la materia prima que empleamos para hacer nuestros maniqués la
prefabricamos nosotros mismos... Sepa usted que nuestra materia
prima es una síntesis de goma elástica, plástico y aliento vital movido
por un mecanismo de relojería...

(SEBASTIÁN no ha oído las últimas palabras porque han coincidido con el desfile de derecha a izquierda de los siguientes personajes: la gran COCOTTE, el CABALLERO DE EDAD, con abrigo y sombrero de copa, el TENIENTE con uniforme de opereta, el ATLETA con el torso desnudo, el SIN CABEZA, la BAILARINA con mallas y tou-tou y la NIÑA de primera comunión seguidos de dos obreros, uno de los cuales ya conocemos quién, coge en brazos al SIEMPRE SENTADO y se lo lleva. Todos ellos hacen mutis quedando solo en escena ARMIDA y SEBASTIÁN.)

SEBASTIÁN.— ¿Qué significa este desfile? ¿Quiénes son esos tipos? ¿Va a haber una función de circo?

(ARMIDA le manda callar. De la derecha sale LAMPÉREZ, en mangas de camisa, con un chaleco viejo y lleno de manchas, siempre abierto. LAMPÉREZ se queda mirando fijamente, con gesto sombrío, a la joven que se acerca a él emocionada)

LAMPÉREZ.— Ya no sirvo. Estoy viejo. No pude... *(Se abraza a ella sollozando.)*

ARMIDA.— Papá, no digas eso... No digas eso... *(Los dos gimen. LAMPÉREZ descubre a SEBASTIÁN.)*

LAMPÉREZ.— ¿Quién es?

ARMIDA.— Nadie. *(Abraza con más fuerza a su padre.)*

SEBASTIÁN.— *(Después de carraspear.)* ¿Es al... es al señor Lampérez, gerente de esta fábrica, a quien tengo el gusto de dirigirme? *(Aquél asiente.)* Mi nombre es Sebastián Murillo...

ARMIDA.— *(A SEBASTIÁN.)* Un momento. *(A su padre.)* ¿Por qué?

LAMPÉREZ.— Me temblaron las manos.

ARMIDA.— No lo creo.

LAMPÉREZ.— O quizá me falte fe. Sí, eso es, me falta fe. No se puede hacer nada grande sin fe.

ARMIDA.— Papá... (*Se abrazan otra vez.*)

SEBASTIÁN.— Nada hay tan conmovedor como el amor filial. Realmente emocionante. Ese amoroso abrazo me recuerda a mi pobre madre, que en paz descansa. Cuando yo venía llorando de la escuela porque me habían puesto un cero en aritmética. Mi angelical madre, que en paz descansa, me abría sus brazos tiernamente y me decía: «Sebastián, no llores, hijo mío... eso no sirve para nada... en vez de llorar estudia aritmética que es una ciencia exacta llena de porvenir... no seas zopenco, Sebastián y estudia aritmética...» Si yo le hubiera hecho caso...

ARMIDA.— ¡Cállese, por favor! No dice usted más que tonterías.

VOZ PEDANTE: Artículo 27 del Código del Perfecto Vendedor: si el cliente pierde la paciencia y recurre al insulto imagine usted que le han llamado simpático y sonría, sonría con todos los dientes y procure resolver la situación contando un chascarrillo.

SEBASTIÁN.— A propósito: ¿conocen ustedes el cuento del coronel de infantería que se tragó una rana creyendo que era un percebe? ¡Divertidísimo! (*Risa fingida.*)

ARMIDA.— Por favor, señor Murillo, ¿quiere usted largarse y dejarnos en paz? ¿No ve que tenemos un terrible problema? Cuénteles su chascarrillo a su pobrecita mamá que en paz descansa.

LAMPÉREZ.— Armida, no seas tan dura con él. Déjale que hable. A lo mejor tiene algo interesante que decirme. Newton descubrió la ley de gravedad cuando conversaba con un niño sordomudo. Hable, caballero, dígame lo que tenga entre pecho y espalda, pero con brevedad.

SEBASTIÁN.— Sí, señor Lampérez, con mucho gusto. Pues verá usted: había una vez un coronel de infantería que se pirraba por los percebes...

LAMPÉREZ.— Déjese ahora de fábulas y vamos al grano... ¿Qué vende usted?

ARMIDA.— Es superior a mis fuerzas. Te espero en el laboratorio, papá...

(*Mutis por la derecha.*)

SEBASTIÁN.— Voy a tener el gusto de mostrarle algo sencillamente sensacional...

- LAMPÉREZ.— Haga el favor de acercarme aquella silla. (*Señala la que dejó vacía el Siempre sentado.*)
- SEBASTIÁN.— Con el mayor placer, señor Lampérez. (*Se la trae hasta el centro de la escena.*)
- LAMPÉREZ.— Es la única silla de la fábrica. La tenemos reservada para O'Higgins, pero cuando se lo llevan, la uso yo. Las piernas no me aguantan. (*Se sienta.*)
- SEBASTIÁN.— ¿Tiene usted reuma?
- LAMPÉREZ.— No, señor, años... 162 para ser exacto.
- SEBASTIÁN.— ¿162? No puede ser. Creo que exagera, señor Lampérez
- LAMPÉREZ.— Sí, es cierto. Me gusta ponerme años. Sólo tengo 125. Vamos al grano.
- SEBASTIÁN.— Sí, señor, el producto que voy a tener el gusto de demostrarle...
- LAMPÉREZ.— ¿Me regala un cigarrillo?
- SEBASTIÁN.— Todos los que usted quiera, no faltaba más, todos los que usted quiera... (*Le ofrece la cajetilla.*) Lo que no tengo es fuego.
- LAMPÉREZ.— Fuego es lo único que hay de sobra en esta fábrica. Sin embargo desde hace mucho tiempo no se emplea para nada. Al fin va a tener una aplicación práctica, gracias a su olvido.
- SEBASTIÁN.— ¿Mi olvido?
- LAMPÉREZ.— ¿No ha olvidado usted comprar cerillas?
- SEBASTIÁN.— ¡Ah, claro! Sí, señor. (*Ríe estúpidamente.*) No había caído...
- LAMPÉREZ.— ¿Qué lleva usted en esa caja? ¿Su cadáver?
- SEBASTIÁN.— (*Que se queda serio de repente.*) ¿Mi cadáver? ¿Qué ocurrencia tan extraordinaria! ¿Cómo puede usted pensar que en esa caja...? ¡Vaya disparate! Pensar que en esa caja llevo... ¡Mi cadáver! ¡Qué ocurrencia tan chusca, señor Lampérez!
- LAMPÉREZ.— ¿Por qué? Todos llevamos a cuestras nuestro cadáver desde que nacemos ¿No se había dado cuenta?
- SEBASTIÁN.— ¿Desde que nacemos? ¿Lo llevamos a cuestras?
- VOZ PEDANTE: Artículo 38: cuando no comprendamos alguna idea del cliente por ningún motivo debemos obligarle a que nos la repita o aclare porque pasaríamos por imbéciles.
- SEBASTIÁN.— Sí, claro, por supuesto, señor Lampérez, no faltaba más, tiene usted mucha razón... Perfecto, perfecto, 124 años, mi cadáver y todos son ateos menos el fanático y yo.
- LAMPÉREZ.— ¿De qué habla?

- SEBASTIÁN.— Pues de eso... De eso... Volviendo al asunto que nos interesa y para no perder el hilo, permítame demostrarle...
- LAMPÉREZ.— Usted olvidó hace un momento sus cerillas. ¿No es así?
- SEBASTIÁN.— Sí, señor, pero le aseguro que tengo una memoria prodigiosa. Una golondrina no hace verano. Yo nunca olvido nada, se lo puedo jurar. LAMPÉREZ.— Usted, yo, todos olvidamos... La naturaleza es nuestro peor enemigo; nacemos sólo para caer en su trampa... Nos acecha detrás de cada árbol... detrás de cada esquina... El olvido es lo único que nos separa de la muerte.
- SEBASTIÁN.— Le repito que yo nunca me olvido de nada. Suelo acordarme de los detalles más insignificantes. No vaya usted a formarse un juicio erróneo sobre mí, señor Lampérez...
- LAMPÉREZ.— Diríjase usted al horno crematorio que está al final de ese corredor y coja con unas tenazas una brasa para encender su cigarrillo. Aquí le espero.
- SEBASTIÁN.— Sí, señor, con mucho gusto. Enseguida regreso.

(Mutis por la derecha tarareando una canción. Se oye una música lejana y misteriosa.)

- LAMPÉREZ.— *(Con la mirada fija en el público.)* Este pobre cretino va a convertirse ahora en otra de sus víctimas. Llegará hasta el horno crematorio y la descubrirá repentinamente en su apetitosa desnudez ofreciéndole su boca y sus senos. El pobre cretino se tambaleará de la emoción: nunca tuvo una hembra como ella en sus brazos. Tratará de besarla aunque apenas le llegue al hombro. Ella se enroscará en sus brazos y cuando lo tenga más encandilado, cuando él empiece a quitarse la corbata, la chaqueta y los pantalones, sonará un timbre... *(óímos un timbre)*, y desaparecerá de su vista. El pobre imbécil la buscará desesperado... La llamará con angustia...
- VOZ DE SEBASTIÁN.— *(Desde lejos.)* ¡Armida! ¡Armida!
- LAMPÉREZ.— Y con grosería...
- VOZ DE SEBASTIÁN.— ¿Dónde te has metido, carajo?
- LAMPÉREZ.— Y por fin, convencido de que se ha ido, se abrochará los pantalones dejándose la camisa por fuera y se olvidará el sombrero y de apretarse la corbata... *(SEBASTIÁN entra de espaldas como lo ha descrito LAMPÉREZ.)* No se haga ilusiones: era un simple maniquí.
- SEBASTIÁN.— Era una mujer de bandera... Un monumento...

- LAMPÉREZ.— No es más que un simple maniquí de los que yo fabrico... Goma elástica, plástico y aliento vital con un delicado mecanismo de relojería.
- SEBASTIÁN.— Estaba desnuda, mucho más desnuda que todas las demás mujeres que yo he conocido en mi vida, mucho más desnuda que las putas de la calle del Peine...
- LAMPÉREZ.— No me salió como yo quería. Tiene usted que excusar mi torpeza. Mis manos ya no me obedecen. El maniquí más perfecto de mi colección, pero sin alma...
- SEBASTIÁN.— No diga eso, señor Lampérez. Ha sido la más extraordinaria de mis emociones. Era una mujer sensacional... Perdome, señor Lampérez. (*Se arregla la corbata y se compone el pelo.*) Parece que perdí la serenidad. Estas cosas no le suceden todos los días a un modesto vendedor. Yo tenía creído que a una sorpresa de esa clase sólo podían aspirar los galanes de cine.
- LAMPÉREZ.— Lo sobrenatural se halla oculto siempre en lo más profundo de cada cosa. Sólo los pobres de espíritu quieren que se produzca en la superficie. Penetre usted hasta el fondo de no importa qué objeto o entidad: una montaña, una gruta, una pirámide, un pueblo o una avellana y le saldrá al paso el misterio. Zambúllase en él, aguantándose el miedo y será usted un ser superior... o un poeta.
- SEBASTIÁN.— Un poeta es precisamente lo contrario de lo que soy yo, señor Lampérez.
- LAMPÉREZ.— Y sin embargo, se ha dejado usted embaucar por los besos de un maniquí. Ya es un paso...
- SEBASTIÁN.— Señor Lampérez, yo no soy un don Juan ni un libertino, pero he tenido relaciones... de toda índole, con algunas mujeres.
- LAMPÉREZ.— Sí, ya lo sé, con las putas de la calle del Peine...
- SEBASTIÁN.— Sé perfectamente lo que es y... a lo que sabe una mujer desnuda, lo que se desprende de su contacto... Para no andar con más rodeos, puesto que usted tiene que estar tan enterado como yo: esa mujer desnuda que se me colgó del cuello, delante del horno crematorio... ¡era su hija! (*Se oye una música vaporosa y extraña que antecede brevemente a la IMAGEN, en actitud de rezo. SEBASTIÁN, al verla se queda pasmado. A la IMAGEN sigue la NIÑA de primera comunión que trae el sombrero de SEBASTIÁN y se lo entrega. La imagen se detiene un momento para mirar a SEBASTIÁN y sonreírle.*)
- LAMPÉREZ.— No te quedes ahí parada. Vete con los demás.

SEBASTIÁN.— Un momento... Espere... Usted es...

LA IMAGEN.— (*Poniéndole los dedos en la boca.*) No lo digas... lo echarías todo a perder... Fui hecha a su imagen y semejanza. Quizá un poco distinta por fuera, pero idéntica por dentro. No tengo más años que Santa Teresita de Lisieux, ni menos que Santa Bernadette de Lourdes... Me puedes amar con todas tus fuerzas sin pecar e incluso recitarme como aquel fraile español del siglo XVI:

«¿Qué diré de tus pechos
de leche milagrosa abastecidos?
Más frescos son y hermosos
más blancos que el jazmín y armiño fino...
¿Pues qué diré, Señora,
de vuestro vientre puro?
Un vaso me parece
de marfil primamente fabricado...»

SEBASTIÁN.— ¿Pues qué diré, Señora,
de vuestro sexo oscuro?
Como la pulpa dulce
del mango primamente sazonado...

LA IMAGEN.— ¡Qué bárbaro eres! Eso no lo escribió ningún fraile...
¡Estás en pecado mortal!

LAMPÉREZ.— ¡Basta ya de palique! ¡Vete con los otros! ¿Me has oído?

LA IMAGEN.— Sí, señor... Vamos, pequeña... Adiós, blasfemo...

NIÑA.— (*Haciendo mutis con la IMAGEN.*) ¡Qué tipo tan vulgar!

LAMPÉREZ.— ¿De dónde sacó usted esos agresivos versos eróticos?
¿Usted que es la negación de la poesía?

SEBASTIÁN.— No lo sé... Quizá me los inspiró ella... ¿No escribían los místicos españoles iluminados por la divinidad?

LAMPÉREZ.— Ella no tiene nada de divino, amigo mío: es otro maniquí de los que yo fabrico. Lo hice para una iglesia mexicana que fue quemada por los zapatistas antes de que yo lo remitiera y tuve que quedarme con él... Mejor dicho, con ella...

SEBASTIÁN.— Es inútil que trate de engañarme: esa imagen es su hija: la misma que hace unos momentos yo tuve entre mis brazos ante el horno crematorio... Completamente desnuda...

LAMPÉREZ.— A ese paso va usted a decirme que la niña de primera comunión también es hija mía.

SEBASTIÁN.— Sí, señor, también. Me lo dijo O'Higgins.

LAMPÉREZ.— Usted tiene manía filial: todas las mujeres que trabajan en mi fábrica y todos mis maniqués del sexo femenino son hijas mías. ¡Ni que yo fuera un garañón! (*Se levanta y se dispone a hacer mutis.*) Yo le dije que se zambullera, pero no que hozara en el misterio...

SEBASTIÁN.— Señor Lampérez, espere un momento... No hemos hablado del producto que traigo en esa caja...

LAMPÉREZ.— Vaya usted a ofrecerlo a una agencia de pompas fúnebres... (*Sale refunfuñando por la izquierda.*) ¡Valiente cretino! VOZ PEDANTE: Artículo 47 del Código del Perfecto Vendedor: cuando se pierde el cliente no hay que perder también la moral; lo mejor es poner sobre el hombro la mercancía y marcharse en busca de otro prospecto, pero por ningún motivo plantearse problemas filosóficos ni enigmas. (SEBASTIÁN *asiente con el gesto, se escupe las manos, carga la caja sobre sus hombros pretendiendo pasar a través de las enormes telas de araña sin conseguirlo. Deja la caja en el suelo y se dedica a buscar una salida cada vez más nervioso. Al fin se da por vencido y se sienta sobre la caja con los codos sobre las piernas y la cabeza entre las manos. Aparece por la izquierda ARMIDA, con su guardapolvo gris recosido.*)

ARMIDA.— ¿Qué le pasa? ¿Quiere usted irse? (SEBASTIÁN *asiente.*) ¿Y no encuentra la salida? (*Él niega.*) Voy a dar orden de que lo acompañen hasta la puerta.

SEBASTIÁN.— (*Incorporándose.*) ¡Un momento! (*Ella se detiene a mirarle. Él avanza hacia ella. Cesa la música. Él se detiene al hablar ella.*)

ARMIDA.— Ya le he dicho que pierde usted el tiempo si pretende vendernos algo. No tenemos dinero. Hace tres años que no vendemos un solo maniquí. ¡Tres años! Quisimos cerrar la fábrica pero el gobierno y los sindicatos no nos los permitieron. El gobierno se niega a admitir la crisis y obliga a todas las fábricas que quieren cerrar a mantener una producción que no existe y a que les paguemos los sueldos a nuestros empleados aunque no tengan nada que hacer. Esta es la situación...

SEBASTIÁN.— Su padre acaba de decirme...

ARMIDA.— No haga usted mucho caso a lo que mi padre le diga. A veces, desvaría. O, mejor dicho, fantasea. Es el último recurso de los vencidos.

SEBASTIÁN.— Yo querría que usted, tan sensata, tan realista, me aclarara algunas dudas.

ARMIDA.— Parece ser que usted era el que había venido a convencerme a mí de algo, no yo a usted. En todo caso, ni para una cosa ni para la otra tengo tiempo ni humor... *(Se dispone a hacer mutis.)*

SEBASTIÁN.— ¡Armida! ¡Espera!

(Ella se vuelve con gesto de asombro.)

ARMIDA.— ¿Quién le ha dicho mi nombre?

SEBASTIÁN.— ¡Tú misma!

ARMIDA.— ¿Y por qué me tuteas?

SEBASTIÁN.— Es inútil que sigas fingiendo: hace un rato, allí, delante del horno crematorio... me besaste... y yo te besé. Estabas desnuda... prodigiosamente desnuda... destilando deseo...

(Intenta abrazarla pero ella le propina una monumental bofetada.)

ARMIDA.— ¿A qué viene todo eso? ¿Es el nuevo procedimiento de ventas de la casa Lavrette Frères? ¿Seducir a la hija del cliente? Muy francés. En todo caso tienen que escogerlos mejor. Con tipos como usted no creo que se promuevan... las ventas. Es usted un perfecto mamarracho. Es usted una síntesis de la vulgaridad masculina: físicamente insignificante, miope, desaliñado, inculto, bobalicón, ignorante, torpe e incapaz. ¿Y un tipo como usted tiene el atrevimiento de querer besar a una mujer como yo? ¡Mírese al espejo! ¡Analice su esmirriada conciencia! ¡Usted no podría ser correspondido más que por una prostituta barata o por un hotentote! Buenas tardes... *(Hace mutis rápido.)* SEBASTIÁN.— ¡Armida! ¡No te vayas! ¡Regresa conmigo!

(SEBASTIÁN queda desilusionado y pensativo. Al fin se decide a volver al horno crematorio.)

OBRERO.— *(Apareciendo por donde salió ARMIDA.)* Por ahí no. Sígame y yo le indicaré la salida.

(SEBASTIÁN sigue tristemente al obrero. Sube los tres escalones del fondo y ve cómo el obrero se abre fácilmente paso sobre las telas de araña. SEBASTIÁN carga su caja ayudado por el obrero. Suena lejana una marcha fúnebre. Los dos desaparecen tras las telas de araña con la caja sobre los hombros.)